

09

Perspectivas

Presente y futuro de la gestión cultural en Chile: Tres derivas fundamentales a considerar

Por Gabriel Matthey Correa

Compositor, Ingeniero Civil, Magíster en Gestión Cultural, Profesor de la Universidad de Chile. Fue Presidente de la Asociación Nacional de Compositores-Chile y del Consejo Chileno de la Música (CIM, UNESCO); también Coordinador del Magíster en Gestión Cultural, Facultad de Artes-Universidad de Chile (2011-2020) y Director de la Revista MGC (2013-2020). Ha publicado dos libros: “Modelo de Gestión Cultural para «Unidades Territoriales» de Chile” (2010) y “¿Cuál es tu Sur?” (2015), de carácter político-cultural.

Contexto actual: un año clave para repensar la gestión cultural

Vivimos tiempos difíciles -qué duda cabe-, tanto a nivel local como global. Frente a ello, la gestión cultural y sus derivas pueden ejercer un rol clave para el presente y futuro del país. Esto, en especial, porque nos encontramos enfrentando una crisis generalizada de paradigmas y referentes: un vaciamiento de humanidad y falta de horizontes. Se trata de tiempos de incertidumbre, donde las instituciones y organizaciones tradicionales -sociales, políticas, económicas, laicas y religiosas- se encuentran frente a una gran encrucijada: o se recuperan y renuevan, acorde a la realidad del siglo XXI, o definitivamente desaparecen.

En este contexto, celebrar los 10 años de la Revista MGC constituye un hito relevante, pues son pocas las publicaciones que se dedican a la gestión cultural y que logran perdurar en el tiempo. Más todavía si se trata de un campo de trabajo emergente, cuyos relatos y ámbitos de acción pueden efectivamente ayudar a salir de la crisis actual. Asimismo, este aniversario adquiere mayor intensidad y potencia, considerando que estamos en el año 2023, coincidente con los 50 años de ocurrido el golpe cívico-militar, hito que -seguido de una dictadura de 16,5 años¹- generó cambios profundos en la cultura



chilena. Dichos cambios -bien lo sabemos- fueron posibles debido a la imposición -autoritaria y unilateral- del así llamado “modelo chileno” -«pinochetismo + neoliberalismo + Constitución de 1980»-, el cual operó en nuestro país por lo menos durante 40 años consecutivos (1980-2020).

Y no se trata de cualquier modelo, por cierto, sino de uno que ha sido capaz de transformar a Chile profundamente, generando conductas socioculturales tales como el individualismo, el consumismo y el inmediatez, junto

¹ Normalmente se habla de 17 años, pero, en rigor, entre septiembre de 1973 y marzo de 1990 hay 16,5 años.



a la fragmentación social y la inconsciencia histórica y política que sufre nuestra actual sociedad (obvio: sin educación cívica e histórica, el control/sometimiento sociocultural es mucho más fácil de lograr). En gran medida, esto es lo que explica el “vaciamiento de humanidad y falta de horizontes” antes referido, que en la práctica se ha podido sobrellevar a través del productivismo y el consumismo -individualismo e inmediatez incluidos-, llevando a Chile a operar como un “país de prosumidores”, obnubilados por “la cultura del tener y del competir/consumir”.

En el caso especial de la gestión cultural, esta conducta se llegó a manifestar a través de una visión muy superficial de la cultura -el mal llamado “sector cultural”-, que se redujo a la simple “gestión de eventos” -“el eventismo”-, como una clara expresión de solo producir y consumir (o reproducirnos y consumirnos a nosotros mismos). No por casualidad, incluso se llegó a hablar de “consumo cultural”, usando así un lenguaje propio del mencionado “modelo chileno”. Con ello, en la práctica se cosificó a la cultura, reduciéndola a un “mero producto” más para transar en el mercado. De este modo, con mayor razón se empobreció a nuestra sociedad

-socavándola internamente, desde adentro hacia afuera-, olvidando que es la cultura -construida en forma colectiva y cotidiana- la base que le da los fundamentos, identidad y justificación existencial a nuestro país (no basta con vender cobre, litio, frutas ni vinos al mundo). Por de pronto, en los últimos 40 años, ya está claro que mutamos desde una “sociedad de personas” hacia una “sociedad de prosumidores/as”, carente de contenidos propiamente humanos para existir (referentes simbólicos, valores, ideas, sociabilidad, historicidad, solidaridad, respeto a los demás, sentido común, proyectos comunitarios).

Junto a lo anterior, a nivel local hemos estado marcados por las consecuencias del estallido/revuelta social ocurrido el 18 de octubre de 2019 (18/O), que -entre otros impactos- generó las condiciones necesarias para poder intentar superar el susodicho “modelo chileno” (a estas alturas obsoleto, aunque todavía activo). Gran parte de ello, sin embargo, depende de la “nueva Constitución”, en la medida que ella nos permita recuperar los necesarios equilibrios para poder reencontrarnos con nuestra propia humanidad y riquezas culturales, ya en el contexto del siglo XXI. Frente a esto -según se decía-, la gestión cultural y sus derivas tienen un rol

familiares e institucionales -cada uno en su justo mérito-, como fértiles lugares de encuentro, diálogo, transformaciones socioculturales, interacción y re-humanización (reconstrucción territorial a escala humana, sin desconocer las mutaciones que ya está generando la dimensión digital).

Dentro de esta “nueva realidad” que estamos forjando, existen demandas globales que igualmente son necesarias de considerar desde la base. Obviamente, partiendo por la aplicación de modelos de desarrollo sostenibles y saludables, tanto para las personas como para la sociedad, la naturaleza y el medio ambiente. Simultáneamente, tenemos grandes deudas pendientes, como aquellas asociadas a una efectiva inserción de la mujer en la vida pública, política y económica, además de la histórica deuda de reconocimiento e incorporación activa de los pueblos originarios, como parte genuina y necesaria, propia de las diferentes culturas que coexisten en nuestro país. En esto igual hay que considerar el impacto que están generando las nuevas migraciones, junto a las históricas demandas por lograr una efectiva descentralización territorial. En definitiva, la gestión cultural -ahora también “intercultural”- está invitada a aportar en el avance hacia una democratización mental, geopolítica, económica y, en general, cultural de nuestra sociedad, que nos ayude a valorar y a respetar la diversidad y realidad multicultural que nos caracteriza, a nivel urbano y rural. Todo esto, asumiendo la doble dimensión local-global (analógica-digital) propia del siglo XXI.

Contrapunto entre “la vieja y la nueva realidad” que estamos construyendo

Hablar de vieja y nueva realidad en ningún caso significa refundar el país -ni mucho menos-, pues

es la cultura -construida en forma colectiva y cotidiana- la base que le da los fundamentos, identidad y justificación existencial a nuestro país

Esta realidad, sin duda, está marcando nuestro presente y futuro y, por cierto, constituye un gran desafío para la propia gestión cultural y sus derivas. Más todavía, si el 2023 es el primer año post-pandémico, recordando que el Covid-19 significó una experiencia de mutaciones mundiales -entre 2019 y 2022-, estableciendo un antes y un después en la historia de la humanidad. Muchos incluso hablaron de “la vieja y nueva realidades”, dejando atrás la «era industrial», para dar paso definitivo hacia la «era digital». Esto, claro está, unido a la grave crisis climática que actualmente nos aqueja.

fundamental que cumplir, lo cual exige entender y asumir que el desarrollo cultural -más que simples eventos y “productos de consumo”- consiste en procesos asociados a una permanente creación de contenidos y sentidos, valores y tejidos humanos. En el fondo, se trata de fomentar la convivencia, la cohesión social y territorial, lo cual solo es posible a partir de una construcción colectiva y multidimensional, fomentando el sentido de pertenencia, la identidad, sociabilidad y consciencia histórica -educación cívica incluida- de las personas. Esto significa “política profunda”; es decir, reivindicar los espacios públicos y privados,



ello implicaría renegar de nuestro pasado; de nuestras historias y experiencias adquiridas; de las raíces que nos identifican y sustentan. La cultura tiene memoria y patrimonio, de lo contrario simplemente no podría existir. Por de pronto, ella se basa en tradiciones y costumbres; códigos, ritos y referentes comunes -como una suerte de “contrato social” tácito- que se van gestando, articulando y reciclando a través del tiempo y el espacio. De este modo, la cultura jamás se consume, sino que se procesa, se incorpora, circula, muta y se renueva, en base a flujos y reflujos de retroalimentación, resignificación y actualización de contenidos. La cultura -basada en tejidos humanos- se construye día a día en forma continua y colectiva, desde la vida cotidiana de cada territorio (sin olvidar que este ya es analógico y digital), en base a la permanente búsqueda de soluciones compartidas, de la ecuación «pasado - presente - futuro».

Un futuro sin pasado es pura ilusión y fantasía, que reniega de la esencia humana; es mentirse a sí mismo,

toda vez que la relación origen-destino es propia de nuestra especie, imprescindible para nuestro *ethos*; imprescindible para poder aprender, desarrollarnos con fundamentos y evolucionar en forma coherente, consciente y responsablemente. La “vieja realidad” es parte intrínseca de la “nueva realidad”, en tanto ambas interactúan dentro de una dinámica interna en permanente retroalimentación. Así entonces, si nuestro trabajo se basa en procesos, hay que partir por reconocer que la “nueva realidad chilena” surge como un tránsito natural a partir de nuestra “vieja realidad”, pre-estallido/revuelta y pre-pandemia. Esto, considerando todas las experiencias y aprendizajes adquiridos, con aciertos y errores, luces y sombras -“modelo chileno” incluido-, dando los pasos necesarios para poder seguir adelante y no quedarnos anquilosados en el pasado.

Y dentro de esta “gran transición”, la pandemia del Covid-19 operó como un “poderoso gatillador del cambio de era”. Su impacto fue tal, que dio lugar a que efectivamente

muchos países asumieran el paso -irreversible- desde la susodicha “vieja realidad” -marcada por la «era industrial», analógica, patriarcal, incluida la crisis climática-, hacia una “nueva realidad”, marcada por la «era digital» y una renovación de la mentalidad humana, incorporando nuevas formas de vivir, relacionarnos, organizarnos como sociedad y construir cultura. Con mayor razón a nivel local, como resultado del estallido/revuelta del 18/O, que en el fondo ocurrió como consecuencia y reacción a la profunda crisis generada por el propio “modelo chileno”. Esto implica cambios estructurales, obviamente, partiendo por superar definitivamente los sistemas autoritarios y patriarcales -“falococéntricos”-, para evolucionar hacia una democracia más madura, amplia y participativa. Desde ahora en adelante, se trata de avanzar hacia sistemas mixtos, donde hombres y mujeres compartamos la construcción colectiva de la referida “nueva realidad”. En lo más profundo, para Chile y Latinoamérica esto significa superar nuestra «matriz colonial»

(Matthey, 2019, p. 39), para dar paso definitivo hacia nuestro «modo post-colonial» de sentir, pensar y vivir.

Lo anterior implica transitar desde la «era de las dependencias» -verticales, comandadas por el hemisferio norte y el patriarcado-, hacia la «era de las interdependencias», donde los diferentes países del mundo -en especial del hemisferio sur- aprendamos a relacionarnos e interactuar horizontalmente (por ejemplo, en base a dinámicas Sur-Sur). A nivel local, interno -ya se decía-, esto significa avanzar en el proceso de descentralización y democratización territorial del país, asumiendo nuestra rica diversidad geohumana y condición multicultural, incluidos los pueblos originarios. Simultáneamente, implica crear políticas migratorias pertinentes, reconociendo que las nuevas migraciones también son parte de nuestra «nueva realidad» -en general del mundo-², lo cual, según se anticipaba, conlleva la necesidad

de abrirse paso hacia el desarrollo de una «gestión intercultural». Todo esto, en sintonía con los desafíos y exigencias propias del siglo XXI; es decir, de vivir en base a un modelo de desarrollo sostenible y saludable -valga insistir-, considerando el uso de energías limpias y economías circulares (verdes), junto con buscar formas equilibradas de convivir con la propia naturaleza, acorde a las dimensiones analógicas y digitales de la vida humana del siglo XXI. Consecuentemente, en nuestro presente y futuro esto implica incluir la inteligencia artificial, los algoritmos, la robótica y, en general, las nuevas tecnologías, junto a las nuevas prácticas y saberes que conlleva la propia «era digital» en la que ya estamos involucrados.

Derivas de la gestión cultural, a propósito de las propias derivas del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

El nacimiento del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

(MINCAP), en marzo de 2018, ya con su solo nombre marcó la pauta de los nuevos enfoques que, en adelante, se necesitarían para una gestión cultural más pertinente para Chile. Si bien nuestro trabajo también se debe al sector privado, en gran medida las directrices quedan definidas por el MINCAP, a través de las políticas públicas y culturales y los recursos estatales destinados para ello. Consecuentemente, y en sintonía con el mismo Ministerio, la gestión cultural necesita focalizarse al menos en tres derivas principales: (1) las culturas propiamente, (2) las artes y (3) el patrimonio (o «los patrimonios», para ser más coherente). Cada deriva, desde luego, requiere de un sistema de gestión especializado, tanto en sus metodologías de trabajo como en sus campos de reflexión, acción, formación y desarrollo.

No obstante, lamentablemente en Chile todavía se sigue confundiendo el concepto de «cultura» con



² El compositor e intelectual chileno, Tomás Lefever, decía: «Todos somos colonos; todos somos mestizos».

artes, usándolos como sinónimos. Este reduccionismo se traduce en constantes contradicciones que causan serios daños al país: se ignora y/o ningunea nuestra diversidad cultural –tanto urbana como rural–, lo cual genera impactos de suyo negativos. Un ejemplo de ello se puede evidenciar en la programación de los así llamados “Centros Culturales”, que en la mayoría de los casos operan como “Centros Artísticos”. Por lo mismo, sus programaciones poco o nada se relacionan con las culturas locales, en cuanto suelen tratarse de propuestas artísticas estandarizadas, guiadas principalmente por lo que se realiza en Santiago³ y/o según las modas de los circuitos internacionales (preferentemente del hemisferio norte). De esta manera, en muchos casos implican “acciones neocolonizantes” que, al no dialogar con la realidad de los territorios, no constituyen un verdadero aporte; al contrario, inhiben o ningunean las dimensiones culturales propias de cada lugar. Se sigue aplicando la

mala práctica de “Copiar y pegar”, en vez de “Confiar y crear” (confiar en la cultura propia y ser más creativos/as).

Por supuesto que las artes nacionales e internacionales son muy necesarias para Chile, pues nos ayudan a dinamizar y a ampliar nuestra propia percepción de mundo –ir superando nuestro histórico aislamiento físico y mental–, después de casi 5 siglos de Colonia; sin embargo, lo importante es buscar el justo equilibrio –en base al diálogo y horizontalidad en las relaciones–, de tal modo de no anularnos a nosotros mismos: Chile y el hemisferio sur también existen⁴. Además, está claro que con las nuevas tecnologías de la comunicación y el transporte, las culturas están operando en forma preferentemente bidimensional, local–global (analógica–digital). Por lo mismo, la gestión cultural tiene que preocuparse especialmente de buscar un permanente balance entre ambas dimensiones, procurando que “lo global” (digital, escala planetaria)



3 Ver la comedia en tres actos, “Como en Santiago”, de Daniel Barros Grez, Santiago de Chile, 1875.

4 En mi libro “¿Cuál es tu Sur?” (2015) desarrollo ampliamente estos conceptos e ideas.



no termine por anular a “lo local” (analógico, escala humana). Todavía estamos a tiempo de buscar una justa convivencia y diálogo entre las dos, aunque lamentablemente el fenómeno de la globalización ha resultado ser demasiado invasivo -mucho más que la pandemia-, lo cual ha ido generando una pérdida de identidad, de sentido de pertenencia y desarraigo de las propias personas (con el territorio y consigo mismas). En el fondo, esto está significando una pérdida de la libertad del «poder ser» uno/a mismo/a, a nivel de la escala humana y de las culturas locales (de la vida cotidiana del día a día).

Otra contradicción ocurre cuando se habla de “cultura inclusiva” -a propósito de la añorada “democratización cultural”-, pues en la práctica solo se está haciendo referencia a “las artes inclusivas”. Paradójicamente, entonces, mientras por un lado se busca “la inclusión sociocultural”, por el otro se fomenta su exclusión, en tanto -según se anticipaba- se está ignorando -o ninguneando- a las diversas dimensiones culturales que coexisten en cada sociedad y territorio, más

allá de las puras artes. Y producto de esta desafortunada distorsión, en rigor en Chile todavía no se ejerce propiamente la «gestión cultural», sino solo la «gestión artística» (salvo honrosas excepciones). El propio MINCAP aún no ha dado suficientes señales en este sentido, de tal manera de responder realmente a las tres derivas que lo definen.

Esto es de suyo preocupante, si se considera que hace 10 años atrás -cuando se empezó a publicar la Revista MGC- ocurría exactamente lo mismo. De hecho, en su primer número, en 2013, se hizo un diagnóstico sobre el estado del desarrollo cultural en Chile, donde personalmente escribí -permítaseme autocitarme- que el ejercicio de la “gestión cultural” de entonces... “... redundó en el simple “eventismo”, contradiciendo la esencia misma de la cultura y, por cierto, de la vida cultural, cuyo desarrollo se realiza principalmente en base a procesos.”

“Asimismo, [durante décadas] se confundió a las artes con la cultura, considerándolas sinónimos, situación que causó bastante desorientación

entre los especialistas y el público en general. Hoy, preocupantemente, continúan ocurriendo confusiones, por ejemplo, cuando se habla de “consumo cultural”, siendo que la cultura jamás se consume.”(Matthey, 2013, p.7).

Esto demuestra la gran resistencia a los cambios que existe en Chile, incluyendo a quienes trabajamos al servicio de la propia cultura. El hecho de que los “Centros Culturales” sigan operando como “Centros Artísticos”, es la mejor demostración de ello. Además -hay que reconocerlo-, muchos de dichos “Centros” en realidad operan para ciertas elites, sin desconocer los esfuerzos de mediación y gestión de públicos -mal llamadas “audiencias”- que se están realizando (claro que la necesidad de “hacer mediación” es la mejor demostración de que la discriminación continúa). Así entonces, en la práctica se sigue olvidando y/o ninguneando a las culturas reales, aquellas que existen en cada territorio, más todavía en los ámbitos rurales. De este modo -se comprenderá-, es imposible avanzar hacia una efectiva y genuina democratización cultural, aquella

que responda a nuestra “loca y rica geografía”, en reconocimiento y respeto a la diversidad geohumana y mapa de mestizajes que nos caracteriza, incluyendo a los pueblos originarios y a las nuevas migraciones.⁵

Nadie discute que la “gestión de eventos” también es necesaria para los territorios, pero vale insistir que con ello no se responde al desarrollo propiamente cultural. Tampoco está en discusión la gran importancia que tienen las artes en el desarrollo humano y cultural, en cuanto ellas operan como poderosos agentes de cambio, gatillando transformaciones que despiertan sensibilidades, abren mentes y crean nuevas visiones/percepciones de mundo y, con ello, se anticipan al futuro. Las artes, de hecho, se anticipan a las ciencias y a la tecnología y, por lo tanto, se posicionan como la punta de lanza del desarrollo. Esto es tan así, que muchas veces las artes ejercen un rol incluso contracultural, provocando -“despertando”- a las propias culturas que se quedan anquilosadas en “su vieja realidad”. De allí la relevancia de la «gestión artística» propiamente, pero asumida como un campo específico y complementario a la «gestión cultural». El respeto y diálogo con cada territorio -analógico y digital-, es siempre fundamental para lograr los necesarios equilibrios y genuina democracia, a partir de una verdadera participación e inclusión sociocultural, sin ningún tipo de sesgos.

Si el MINCAP y, en general, quienes trabajamos en la cultura asumimos en forma coherente -y consistente- las tres derivas principales aquí referidas -culturas, artes y patrimonio(s)-, entonces es imprescindible reconocer las diferencias que implica la gestión

de cada ámbito. Ya se decía, la «gestión cultural» y la «gestión artística» pueden llegar a operar incluso en orillas diferentes -desde la cultura y su territorio, la una; desde la contracultura, sus espacios y puestas en escena, la otra-, siendo ambas igualmente necesarias y complementarias. La primera apunta a cada lugar en especial -a partir de su gente, sus comunidades y vida cotidiana-, según sus propias prácticas, saberes y referentes simbólicos; la segunda se mueve libre y críticamente, cuestionando incluso a dichas prácticas, saberes y referentes, operando a partir de ciertas organizaciones, instituciones, escuelas, academias y públicos especializados -a veces de elite, según se ha advertido-, las cuales se focalizan preferentemente en circuitos internacionales. En respuesta a ello, y al ejercicio profesional de cada deriva propiamente, la Revista MGC N° 18, 2021, -titulada “El futuro de la gestión cultural: ¿Y ahora qué?”-, está dedicada especialmente a aclarar estos puntos, incluyendo valiosos artículos de diferentes autores/as.⁶

Ahora bien, en el caso especial de la «gestión patrimonial», valga enfatizar que no solo se trata de conservar, restaurar o proteger determinados referentes materiales e inmateriales; sino de gestionar su relación con la propia sociedad y los nuevos contextos de Chile y el mundo. De hecho, los diversos patrimonios -en plural, incluyendo sus valores y disvalores, símbolos y significados- también son dinámicos. Por ello, si no existe una constante actualización y real identificación de la sociedad con “sus genuinos patrimonios”, no tiene mucho

sentido imponerlos autoritariamente y dogmáticamente. Tampoco se trata de darle el gusto a las autoridades de turno, ni menos a los poderes fácticos -según los patrones que ellos mismos imponen como “la cultura oficial”-, sino en gestionar y resignificar -en forma permanente y pertinente-, los sentidos y contenidos asociados a cada hito patrimonial, acorde a la época en que se vive. Los tiempos cambian; los contextos, sentidos y significados también.

Consecuentemente, la «gestión patrimonial» necesita ejercerse en forma proactiva, partiendo por la educación de la niñas y niños -tal cual, en su infancia-, enseñándoles a descubrir, a reconocer y a querer los contenidos del territorio donde viven. En ningún caso se trata de caer en idealizaciones ni falsos mitos, o en mostrar solo “santas prácticas”, sino en mostrar la historia real, tal cual ha sido y tal cual somos los seres humanos, con aciertos y errores, cualidades y defectos. Un patrimonio genuino es aquel que muestra la «verdad histórica» de un país, en forma transparente, como un espejo de su propia realidad. Por ello, la «gestión patrimonial pertinente» requiere estar siempre realizando “animación patrimonial”; es decir, un contante repensar, resignificar y actualizar sus contenidos, sin destruir nada sino, al contrario, respetando todo lo que ya existe -en tanto ello nos enseña sobre un pasado más real-, tal cual hemos sido y somos como país: se trata de aprender de lo positivo y de lo negativo, de las luces y sombras de nuestra propia historia. Pretender lucir solo un “patrimonio idealizado” -escondiendo el polvo bajo la alfombra-, es mentirnos a

5 Las culturas reales no se sustentan ni validan solo por las prácticas y saberes académicos y/o intelectuales -que de suyo son elitistas-; sino, principalmente, por las prácticas y saberes populares (colectivos), base de la verdadera democratización cultural.

6 En mi calidad de autor participante de la Revista MGC, ver en dicho número: “Gestión cultural / gestión artística: diferencias de enfoque para un trabajo pertinente, a propósito de la nueva realidad chilena en construcción” (pp. 8-21). Por otra parte, en la Revista MGC N° 16, año 2020, ver también “Educación creativa para un Chile creativo, en la era postcolonial” (pp. 76-83), artículo igualmente complementario al presente texto.



nosotros mismos, con el riesgo de vivir un presente y un futuro ficticios -de aquel “Chile de fantasía”-, sin la posibilidad de aprender y evolucionar a partir de nuestras propias experiencias.

Cada cultura y su patrimonio, en el fondo constituyen paradigmas humanos que pueden operar -en sí mismos- como valiosos soportes existenciales e inspiradores para la propia sociedad que los habita y construye. Si hoy Chile -y no pocos países- sufrimos de un efectivo “vaciamiento de humanidad y falta de horizontes”, tenemos la oportunidad de reivindicarnos a partir de nuestros propios valores, referentes y energías territoriales; vale decir, de nuestra identidades locales a escala humana (analógica), con las necesarias articulaciones y sinergias de conjunto. No se trata de volver a los antiguos nacionalismos ni chovinismos de antaño -gestionados por las cúpulas de poder-, sino de creer en nosotros mismos -“Confiar y crear”- e interactuar abiertamente con el mundo, en base a respetos, interacciones y beneficios mutuos (sin desconocer que, simultáneamente, ya coexisten los “territorios digitales”).



En tal sentido, más allá de las crisis que están sufriendo las instituciones tradicionales y sus paradigmas asociados, cada país -y cada territorio en sí mismo- puede acoger a sus habitantes no solo desde el punto de vista material-orgánico -para conservar la especie-, sino desde el punto de vista espiritual -para transformar y ojalá sublimar la especie-, siempre en armonía con la naturaleza y el medio ambiente. Vivir en un territorio re-humanizado, es nutrirse de las diversas dimensiones culturales -analógicas y digitales- que en él coexisten dinámicamente. Tan solo eso ya constituye un rico

repertorio para darle contenidos y sentido a la vida personal y colectiva, junto con sentirnos motivados para querer contribuir, constantemente, al mejoramiento y enriquecimiento del territorio que habitamos. Así por lo tanto, la gestión en las tres derivas aquí referidas -en sintonía con lo que implica un “Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio”-, pueden ejercer un rol fundamental para el presente y futuro del país. Esto, en la medida que nos pongamos al servicio de la construcción colectiva y participativa que exige cada cultura -respetado sus propias coordenadas existenciales, de origen y destino-, buscando siempre el necesario diálogo y equilibrio entre lo local y lo global -lo analógico y lo digital-, que cotidianamente estamos viviendo como personas protagonistas del siglo XXI.

Referencias

Diversos/as autores/as (2013-2021). *Revista MGC, Números 1 al 18*. Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Matthey Correa, G. (2013). La gestión cultural en Chile, a pasos de su «segunda generación». *Revista MGC N°1. Estado Actual de la Gestión Cultural en Chile*, 6-11.

Matthey Correa, G. (2019). Estallido sociocultural de Chile: Entre causas y efectos / placas tectónicas en movimiento. *Revista MGC N° 14, Voces MGC: Lectura Sociocultural de la Realidad Chilena Actual Derechos Humanos / Violencia / Políticas / Acciones*, 36-43



